

El Suplantador

La historia real del estafador colombiano mas buscado en el mundo

Andrés Alfonso Pachón Arbeláez

A Joaquín, Hernando y Amparo, por mantener presentes cada día aún en la distancia.

"Si me pagara lo que paga para evitar que le roben yo no le robaría".

Paul Newman, "Butch Cassidy and The Sundance Kid" (1969).

Nota del autor

El presente libro es un reportaje novelado en el que las circunstancias de modo, tiempo y lugar procuran ajustarse lo más fielmente posible a la realidad de los hechos investigados y a las descripciones recreadas por las fuentes que se consultaron, las cuales se identifican aquí con los nombres verdaderos. Algunas de ellas, no obstante, pidieron la reserva de su identidad.

Introducción

Comparado por algunos con Frank William Abagnale Jr., el hombre a quien Leonardo DiCaprio interpretó en la película “Catch me if you Can”, el colombiano Juan Carlos Guzmán Betancourt ha sido uno de los estafadores más buscados en el mundo por varias agencias policiales, entre ellas Interpol.

De extracción muy humilde y sin haber culminado siquiera la secundaria, escapó de su fragmentado hogar en Roldanillo (Colombia) con apenas 16 años y a bordo de un avión como polizón llegó a Miami, donde pronto demostró sus habilidades para el engaño.

Con el paso del tiempo desarrolló una destreza sin par para la suplantación de identidades y el dominio de idiomas, gracias a los cuales logró huir de los policías que le perseguían por varios países, quienes pronto fueron el hazmerreír de los medios de comunicación junto con los millonarios por los que se hizo pasar para apoderarse de joyas, tarjetas de crédito y dinero en efectivo valuados en al menos un millón y medio de dólares.

Sin que nunca llegara a recurrir a la violencia, y haciendo gala de modales propios de un “gentleman”, sus correrías lo llevaron a transitar por los más conocidos aeropuertos internacionales con al menos diez identidades falsas, escapar de prisión en Reino Unido y, en otra ocasión, rentar un Bentley Arnage con chofer con el que logró despistar a las autoridades inglesas para huir a París, luego de lo cual apareció en Las Vegas y, más tarde aún, en Dublín, donde continuó haciendo de las suyas.

Hoy, ya treintañero y con una extradición a cuestas, permanece recluido en una prisión de Estados Unidos luego de que los fiscales pidieran una severa pena de diez años, pero un juez fue condescendiente con su caso y le dictó una breve sentencia de pocos meses. ¿La causa? Un delito que cometió a finales de 2009 en la frontera con Canadá y que, paradójicamente, no tiene nada que ver con alguno de sus robos. La siguiente es su historia real de una vida de mentiras.

El autor

Frente a sí

La mentira que por largos trece años ha sabido sostener ahora no es más que una ilusión fugaz por ocultar al único hombre que en verdad existe en él y que por todo ese tiempo ha deseado no encarnar.

Alto, delgado, con el cabello ondulado, tan largo que casi le roza con los hombros, el hombre ha respondido formalmente a las preguntas de dos detectives del servicio policial de Irlanda en medio de un amplio salón de interrogatorios enclavado en uno de los pisos superiores de la estación Harcourt Terrace Garda, una construcción levantada en pleno centro de Dublín en 1982 y que por su adoquines rojos y tejas de barro más bien parece un claustro educativo de corte religioso.

El tipo, que dice tener 25 años pero que en verdad aparenta unos 30, ha estado en la mira de la policía metropolitana irlandesa (Garda Síochana) desde comienzos de junio de 2005 y ahora, dos semanas después, uno de los detectives que lo indaga, Bryan McGlinn, está seguro de que no se trata del huérfano de una familia gitana procedente de Cádiz que dice ser, pese a exhibir en uno de sus brazos un tatuaje con la bandera de España.

Sin embargo, debido a que nunca antes lo había encarado y a que la práctica le indica sostener un interrogatorio para conocer la versión de cada detenido, McGlinn ha aguardado bastante para interpellarlo con vehemencia mientras permanece separado de él sólo por una mesa plástica, escoltado por su compañero y acaso, remotamente, por otros oficiales que los siguen a través de cuatro cámaras de seguridad adosadas en cada esquina del salón.

Si McGlinn ha sido acertado, como en efecto lo cree, Guillermo Rosales, Gonzalo Zapater Vives, David Iglesias Vieito, Jordi Ejarque Rodríguez, César Ortigosa Vera, Khalid Al-Sharif, Denis Vladimirovich Kiselev, Terrence John Marks, Douglas Johnson, Howard Westbrook, David Soriano Martínez, o mejor, Alejandro Cuenca, son la misma persona.

A su entender, y según archivos de los que dispone tanto de Interpol como de Europol, todos aquellos alias se resumen en la humanidad del colombiano Juan Carlos Guzmán Betancourt, el sujeto mestizo que de cabello negro y ondulado le observa por entre unas finas gafas de montura plateada con un gesto ligeramente socarrón, y que pese a permanecer sentado evidencia una alta estatura, no muy propia de la

región de la que procede.

Sus rasgos se antojan más asiáticos que europeos o latinos, con facciones marcadamente varoniles pero elegantes en su rostro, en las que destacan unas cejas espesas, labios gruesos y una nariz ancha, así como un maxilar superior prominente que se desvanece como a tajos por sus mejillas, las que a su vez dan paso a un mentón delicadamente redondeado.

La formalidad había sido tal durante el interrogatorio que apenas bastaba un plato de galletas con un par de tazas de té para concitar mejor ese momento, pero McGlinn empezaba a agotarse y no estaba dispuesto por mucho a ser más condescendiente ni darle más largas a su tiempo.

Casi al término de la tediosa y hasta entonces poco efectiva indagatoria, en la que el joven esbirro, en medio de formalismos, aseguró siempre ser Alejandro Cuenca y negar las acusaciones que se le achacaban, McGlinn salió por un momento de la sala y pudo conocer, de manos de un oficial, el resultado del cotejo dactilar facilitado minutos atrás por Scotland Yard en un folio que certificaba que el hombre era, en efecto, el ciudadano colombiano que él creía.

Con la refrendación de su verdadera identidad en el bolsillo, sin la cual no se había atrevido a encararlo como tal, el oficial regresó al salón y siguió su trama por un rato más, lo suficiente como para que su propia paciencia se colmara ante tal derroche de mentiras y entender que era ya tiempo de desenmascararlo.

Observó fijamente al hombre y sin menguar más su autoridad sacó el papel de la chaqueta americana con la que estaba ataviado ese día y de una palmada lo colocó sobre la mesa para increparle: “¡Sé quién es usted Juan Carlos!”.

La mirada de quien hasta ese momento decía llamarse Alejandro Cuenca se tornó gélida y su actitud se hizo circunspecta. “¡No tengo nada más que hablar con usted! ¡No quiero cooperar más!”, dijo secamente al verse descubierto, y en lo sucesivo la cortesía que había demostrado buscó refugio en algún espacio de su ser mientras apuntaba la mirada al piso, callado, taimado, con un asomo de molestia manifestado en la apretura de su quijada.

Durante los últimos trece años Guzmán Betancourt se había aprovechado de documentos, joyas, dinero

en efectivo, abultadas tarjetas de crédito y pasaportes ajenos para hacer de su solitaria vida un vagón descarrilado de derroche y opulencia, haciéndose pasar por un jeque árabe y un miembro de la curia de Asturias hasta un corredor de bolsa catalán o un huérfano propietario de una herencia millonaria.

En todo ese tiempo vivió la idealización de un hedonismo de papel, un gusto prestado y artificial, ajeno a sus posibilidades reales de ingreso por la vía correcta, pero que ni tan siquiera alcanzó a convertirse en pesadilla para sus víctimas, poseedoras de robustas cuentas bancarias; una práctica que, sin duda, sólo le sirvió para ser sumado a una lista de los ladrones más buscados por las autoridades en el orbe.

Su flaqueza parece concentrarse así en su verdadera identidad, la misma que ha querido dejar atrás desde los 16 años y que McGlinn le puso al descubierto; una identidad que lo convierte en otra persona, muy diferente a la carismática y gentil que suele ser en su interpretación para el delito, y que lo lleva en un santiamén a ser un tipo cabizbajo, retrechero, con atisbos de molestia en algunos casos y, en otros, a rayar en la flaqueza y en el llanto, actitudes genuflexas demandantes de compasión.

A finales de 2009, cuatro años después de ese encuentro con McGlinn, los medios de comunicación hicieron pública otra de sus andanzas y entonces no faltaron quienes aseguraron haberle tratado de niño en Colombia a comienzos de los noventa, aunque afirmaron que aquel sujeto no siempre fue así.

Recordaron que desde pequeño siempre fue alto, algo tímido y que alguna vez tuvo un cerdo al que le puso como adorno un moño de colores para sacarlo a pasear, que usaba pantalones cortos y chancletas y que era fanático de Michael Jackson, aunque como el fallecido “Rey del Pop”, su hombría también quedaba en entredicho.

“Venía a la casa a jugar con un hijo mío, pero se la pasaba más en el espejo y la cocina. Decía que él era muy lindo para estar pasando trabajos” de jornalero, como al que se dedicaban varios de los muchachos de su edad, recordó Esther Andrade a El País, un diario local colombiano, en los primeros días de octubre de 2009.

La mujer, “robusta y de voz alharacosa” y a la que Guzmán Betancourt llamaba “mamita” prometiéndole que algún día la sacaría de la pobreza, fue vecina de los padres del muchacho en el barrio La Asunción, donde aún hoy vive, en el caluroso municipio de Roldanillo, al norte del departamento del Valle del Cauca, una región conocida por ser de las más poderosas del narcotráfico

colombiano.

“Yo siempre tuve la impresión de que él era marica”, apuntó a esa misma publicación Cristian Andrade, un hombre de 30 años quien aseguró haber sido amigo de aquel durante la infancia en Roldanillo, población que en sus márgenes acoge a la empobrecida vereda de Isugú, donde Guzmán Betancourt pasó sus primeros años de vida.

“Lo único que lo obsesionaba eran los aviones. Cuando veía alguno sobrevolando el pueblo decía que un día él estaría allá, arriba”, recordó el sujeto, sin pensar que en ese entonces tal antojo, común entre los chicos, marcaría el punto de partida de la vida picaresca y delictiva de su amigo; una vida que bien podría haber sido inspirada en hechos ocurridos mucho antes de que ambos se conocieran, incluso mucho antes de que nacieran.

Aventura suicida

Sobre la costa suroeste de La Habana, Cuba. Junio 3 de 1969.

La breve pero alarmante comunicación entre la torre de control del Aeropuerto José Martí de La Habana y la cabina de mando del avión de bandera española fue tan clara como precisa segundos después del despegue.

- Iberia 904, ¿está teniendo alguna dificultad?
- Afirmativo control. Hay una indicación de que la rueda derecha del tren principal no ha ajustado correctamente tras el ascenso. Repetiré el procedimiento.

El tren de aterrizaje del cuatrimotor DC-8 bajó pesadamente y las tres luces que conforman un triángulo en el panel de instrumentos de la cabina destellaron verde, mostrando a los pilotos que el aparatoso sistema se encontraba enteramente desplegado una vez más, afuera del oscuro y frío arcón que lo alberga tras el decolaje.

En ese mismo momento, abajo, dentro del estrecho compartimiento de las ruedas y antes de que tuviera tiempo de recobrar el aliento, el polizón Armando Socarrás, de 17 años, había cedido a la angustia y el sofoco que le generaba la penumbra del lugar después del despegue y se sujetaba con pánico al entramado de cables y varillas que recorrían la estructura, debajo de las alas, apenas iluminada por el sol del final de la tarde luego de que se abrieron de nuevo las portezuelas y bajaron las ruedas en posición de aterrizaje.

Balanceándose sobre el abismo, Armando llegó a pensar que había sido descubierto y que entonces la tripulación del avión emprendía su regreso al aeropuerto José Martí para entregarlo ante los policías de Castro.

“Vamos a intentar subir el tren una vez más”, dijo el capitán a su primer oficial, quien accionó el mecanismo que recogía las ruedas, una especie de palanca vertical junto a una docena de relojes en la cabina del avión. Esa vez las luces no señalaron ninguna retracción impropia.

Mientras tanto, en la barriga del aparato, la claustrofobia que le producía el achicado lugar, penumbroso y cargado de un fuerte olor a aceite hidráulico, había vuelto a envolver de temores a Armando, que desconocía lo que pasaba y menos aún podía saber lo que habrían de estar comunicando los pilotos al puesto de control en tierra:

- Iberia 904, ¿se ha solucionado el problema?
- Afirmativo control. El tren está guardado. Mantenemos plan de vuelo.

Tras haber achacado el problema en el tren de aterrizaje a un detalle menor y no a la presencia del muchacho en el compartimento, el capitán -de 44 años y cuyo nombre parecía estar inspirado en un personaje de la narrativa clásica española- se comunicó con los 147 pasajeros y ocho tripulantes, que no llegaron a percatarse de lo ocurrido.

“Buenas tardes, les habla el capitán Valentín Vara del Rey. Gracias por preferir Iberia en su ruta La Habana-Madrid, itinerario que estaremos cumpliendo en un promedio de ocho horas y veinte minutos una vez alcancemos nuestra altura de crucero”, saludó.

“Los reportes climatológicos nos indican que las condiciones de vuelo son óptimas y que predomina el tiempo seco, con una temperatura en pista de 28 grados centígrados y una visibilidad de diez kilómetros. Durante el viaje tendremos alta presión, por lo que no se prevén lluvias ni tampoco turbulencias que representen peligro para la nave. Más adelante y conforme avancemos hacia nuestro destino les brindaremos más reportes. Una vez se hallan apagado las luces de precaución podrán disponer de nuestro servicio abordo. Gracias por elegir Iberia y disfruten del vuelo”, acotó.

Afuera la temperatura era de menos cinco grados centígrados y bajaba de manera extrema a medida que el avión ascendía a 8.800 metros de altitud.

Como pudo Armando se tragó unas aspirinas para aliviarse del estruendoso ruido que parecía querer estallarle los tímpanos, y luego de anhelar hinchar sus pulmones con el aire que empezaba a escasear pensó que pudo haber sido mejor llevar consigo algo más de abrigo que su ligera camiseta deportiva y sus pantalones de trabajo.

Hacia sólo un par de minutos había pedaleado bajo la lluvia y abandonado su bicicleta en una

alambrada cerca de la cabecera de la pista, la que saltó sin ser visto por los guardias de seguridad, para después correr junto con su amigo Jorge Pérez Blanco –un año menor que él- hacía una zona pastosa del aeropuerto.

Ambos se habían conocido en un partido de béisbol y hecho buena amistad. Hablaban de un futuro lejos de la represión castrista y del modo como evadirían ser reclutados por el régimen.

Armando tenía un tío en Miami, pero para llegar allí era necesario inscribirse en una lista con más de 800.000 personas a la espera de abordar alguno de los dos vuelos diarios que hacían la ruta, luego de lo cual el Gobierno, según el propio Armando, “te mira como a un gusano y tu vida comienza a ser menos soportable”.

Fue Jorge quien le habló de un vuelo semanal con rumbo a Madrid que cumplía la aerolínea española Iberia y desde entonces recorrieron los alrededores del José Martí para ponerle alas a su idea.

Durante vagas tardes, en las que aprendieron a distinguir los diferentes tipos de aviones más por su forma que por su nombre, compitieron entre sí para ver quien, con el salto más alto, llegaba siquiera a rozarlos con la punta de los dedos mientras cruzaban a escasos metros sobre sus cabezas para aterrizar.

Un día, mientras jugueteaban, repararon en los compartimentos del tren de aterrizaje de un gigantesco cuatrimotor DC-8 que les pasó justo por encima. “Hay suficiente espacio para mí allí”, le dijo Armando a Jorge mirándolo a los ojos con un evidente gesto de ilusión y de sorna, como intuyendo que su amigo había pensando justo lo mismo al unísono.

La idea se acababa de maquinar y desde ese momento su suerte estuvo echada. Luego de varias cábalas para lograr dejar la isla -entre ellas la más frecuente de hacerlo como balseros-, el avión les había permitido pensar en el modo concreto de realizarlo. Entonces sólo restaba escoger el día para emprender la huida.

No hubo nada al azar dentro de su febril mentalidad adolescente. Después de descubrir con agrado que Iberia contaba con un DC-8 en sus vuelos a Madrid, la tarde del 3 de junio de 1969 se calzaron con zapatos con suela de goma para ayudarse a trepar por las ruedas del aparato y tomaron sus bicicletas para ir al aeropuerto, llevando también consigo cuerdas para asegurarse a la estructura del avión y

evitar caer durante el vuelo.

Sudando tras pedalear y saltar la alambrada que envuelve al José Martí, atrincherados en la alta y tupida maleza que circunda los márgenes de la pista, se apresuraron a protegerse los oídos con motas de algodón para aguardar a que tuvieran el avión a escasos pasos, en la zona de carreteo, donde debía detenerse brevemente antes de tomar impulso y enfilarse por la senda principal de 3.500 metros para el despegue.

Cuando la aeronave se acercó, el empuje de los cuatro motores Pratt & Whitney arqueó rápidamente el pastizal y ambos quedaron al descubierto con sus franelas ondeando como banderas. Mientras se detuvo por un momento para luego girar velozmente sobre sí, cambiando de posición para decolar, Armando, con un grito casi ahogado por el zumbido de las turbinas, apuró con desespero a Jorge: “¡Vamos, a correr!”.

“Corrimos sobre la pista y esprintamos hacia las ruedas de la parte izquierda del avión momentáneamente parado. Cuando Jorge empezó a trepar por los neumáticos de 42 pulgadas de altura vi que no había espacio suficiente para ambos en un solo compartimento. ‘¡Probaré en el otro lado!’”, grité. Rápidamente trepé por las ruedas de la derecha, me agarré a una punta y, girando y retorciéndome, me empujé a mí mismo dentro del oscuro compartimento. El avión empezó a rodar inmediatamente y me agarré a alguna maquinaria para evitar caer. El estruendo de los motores casi me ensordece.

Cuando empezamos a ser transportados por el aire, las enormes ruedas dobles, todavía ardiendo por el despegue, empezaron a plegarse en el compartimento. Intenté allanarme a mí mismo contra la cabecera mientras se acercaban más, y entonces, desesperado, las empujé con mis pies, pero presionaron fuertemente hacia arriba apretándome aterradoramente.

Justo cuando sentí que iba a ser aplastado las ruedas se bloquearon (...) hundiéndome en la oscuridad (...) No podía moverme lo suficiente como para atarme a mí mismo a nada, así que aguanté detrás de un tubo.

Después, las puertas de la plataforma se abrieron de repente y las ruedas se extendieron para afuera (...). En el momento en que las ruedas empezaron a retraerse hacia adentro (nuevamente) vi algo de

espacio entre la maquinaria, donde podría apretar sin peligro. Ahora sabía que había espacio para mí, aunque apenas podía respirar”, dice al recordar el momento en que la tripulación reacomodó el tren de aterrizaje luego del despegue.

Durante el breve momento que permaneció colgado en el vacío, aferrado a las varillas que componen el habitáculo de las ruedas, Armando logró ver un resquicio y alcanzó a agazaparse en él para evitar ser aplastado por el hidráulico, que empujaba a razón de 211 kilos por centímetro cuadrado y que le habría triturado los huesos como quien rompe una astilla de madera balsa. Tras su acierto, los neumáticos se acomodaron correctamente en su sitio y por eso los pilotos dieron como solucionado el impasse.

Casi acurrucado y temblando de manera incontrolable a causa del frío glacial se preguntó si Jorge habría conseguido situarse en el compartimento de las otras ruedas. Una hora después, cuando el avión volaba sobre el Atlántico, Armando no soportó el helaje ni la falta de oxígeno y se desmayó.

Cuando aterrizó a las ocho de la mañana del día siguiente en el aeropuerto de Barajas, en Madrid, el Iberia 904 había recorrido poco más de 7.460 kilómetros, pero Armando apenas tenía consciencia de dónde estaba y cómo había llegado allí.

Un golpe de viento que sintió cuando se abrieron las compuertas del habitáculo y en seguida un fuerte olor a caucho quemado por la fricción de las ruedas con la pista apenas lograron sacarlo de su semiinconsciencia, y una vez el DC-8 se detuvo en plataforma, rato después de que sus pasajeros y tripulantes descendieron, Armando cayó pesadamente desde el compartimento del tren de aterrizaje, de bruces contra el suelo, en la misma posición fetal en la que literalmente se había congelado.

“Cuando toqué sus ropas estaban congeladas y tan endurecidas como si fueran de madera. Todo lo que hizo fue emitir un extraño sonido, como un gemido”, dijo José Rocha Lorenzana, un guardia de seguridad que fue el primero en descubrirlo. Detrás de él, el capitán Vara del Rey, quien esperaba ser recogido por un vehículo de servicio, también había escuchado la caída y corrido hasta el muchacho, que tenía hielo sobre la nariz y boca y color de muerto pese al sol veraniego que iluminaba en ese momento. “Era imposible... no podía creerlo”, recordó el comandante.

La temperatura corporal de Armando había descendido de modo tan extremo que ni siquiera los termómetros del Gran Hospital de la Beneficencia, donde le atendieron, pudieron registrarla. Lo único

que dice recordar es el golpe con el pavimento que le hizo perder del todo la consciencia y, tras recuperarla, haberle preguntado a los médicos: “¿Estoy en España? ¿Dónde está Jorge?”

La primera respuesta, aunque afirmativa, dejó sentir el preludio de que la segunda no era en lo absoluto alentadora para el joven, y que más bien, como lo ha sido hasta el presente, arrumbaba en el incierto.

Buena parte de las hipótesis apunta a que Jorge habría caído al vacío, aunque se desconoce si fue poco después de la carrera para el despegue del avión, en inmediaciones del aeropuerto José Martí, o si resbaló en el momento en que el capitán hizo desplegar el tren de aterrizaje para reacomodarlo.

Tampoco se pudo determinar si fue aplastado por el hidráulico tras el decolaje y luego, al ser extendido nuevamente por la tripulación para posicionarlo de modo adecuado, su cuerpo habría sido arrojado por el aire.

Otra posibilidad, si se quiere alentadora, señala que el muchacho no habría alcanzado a subirse al avión y fue alcanzado por oficiales castristas en la pista del aeropuerto, por lo que fue internado en alguna prisión en Cuba.

Cualquiera que sea la versión, lo único cierto es que desde esa tarde a Jorge no se le volvió a ver nunca más en la isla.

En testimonios que dio días después del incidente, Armando dijo pensar en él a menudo. “Los dos conocíamos el peligro al que nos enfrentábamos y que podíamos morir en nuestro intento de escapar de Cuba, pero valió la pena arriesgarse. Aún y conociendo los riesgos volvería a intentar escapar otra vez”.

El dictamen clínico señaló que Armando sólo sufrió una conmoción aguda, por lo que los especialistas calificaron su supervivencia como “un milagro médico”. Explicaron que tal vez pudo darse debido a que entró en una especie de estado de hibernación, similar al de los osos polares, y que al bajar la temperatura corporal también disminuyó su consumo de oxígeno justo lo necesario.

El DC-8 de Iberia se elevó a razón de entre 455 y 610 metros por minuto, por lo que el muchacho debió soportar en un abrir y cerrar de ojos condiciones tan extremas a las que sólo están acostumbrados los

montañistas que se encumbran en los picos más altos del mundo, con la diferencia de que ellos lo hacen durante días o semanas, hasta acostumbrarse a la presión atmosférica decreciente.

Cuando estuvo completamente recuperado, el Comité Internacional de Rescate tramitó su pasaje para que viajara a donde su tío, Elo Fernández. El hombre supo del caso por las noticias y casi de inmediato se comunicó con su sobrino para invitarle a vivir con él en los Estados Unidos, como había sido el anhelo del muchacho desde tiempo atrás.

Unas fotografías testimoniales de la época dejan ver el espacio que aprovechó Armando en el habitáculo del tren de aterrizaje. En las mismas se aprecia al doctor Luis de la Serna, en ese entonces jefe de Servicio Médico de Iberia, encaramado en el resquicio del arcón con un elegante traje de paño, impropio para su propósito de ilustrar a los medios el modo en el que viajó el joven polizón en el sucio y aceitado lugar.

Las fotografías muestran a De la Serna apretujado en el reducido espacio, sujeto con una de sus manos a la maraña de varillas que corren por la estructura y arrinconado sobre una moldura -del mismo modo en que lo hizo Armando-, mientras el avión permanece estacionado en un hangar de la aerolínea.

A todas veras De la Serna parece más alto y fornido que Armando -quien en ese entonces medía un metro con 62 centímetros y pesaba 70 kilos-, por lo que su evidencia demostraba que, en efecto, si se quiere, allí podía caber una persona con mayor estatura que la del joven cubano.

Pese a la aventura suicida, la historia de Armando tuvo un final feliz. Había sobrevivido a la hipoxia y a la hipotermia en condiciones inimaginables y bajo el cuidado de su tío estudiaba inglés mientras se preparaba para ser artista en “el país del sueño americano”. Con una historia así como antecedente sólo era cuestión de tiempo para que alguien más quisiera repetirla.

Juego de bulos

Miami, Estados Unidos. Junio 1 de 1993.

Aún algo adormilado, el delegado diplomático colombiano apenas pudo asimilar la versión de los hechos que al otro lado del teléfono le daba Rafael Molano, un periodista de RCN Radio afincado en Miami. La noticia lo había tomado por sorpresa junto con los primeros rayos del sol que pegaban ya con virulencia en esa ciudad estadounidense y aturdido por lo que escuchaba se adelantó a interrumpir al corresponsal para ser él quien formulara las preguntas.

- ¿Qué sí sé algo de un niño polizón? ¿De qué me está hablando Rafael?
- De un adolescente de catorce años que llegó anoche desde Colombia, o al menos eso es lo que me han dicho las fuentes que he entrevistado... - respondió el reportero.
- Espere, espere Rafael, no sé nada por lo que me está preguntando y no logro entenderlo en lo absoluto. Al parecer usted, como periodista, sabe más de esto que yo...
- De eso me doy cuenta señor cónsul. – increpó el comunicador.
- A ver, ¿me dice que el muchacho venía en dónde?
- Según otros colegas de la prensa y gente del aeropuerto, venía en un avión de la aerolínea colombiana Arca.
- Veo, veo... ¿camuflado entre los pasajeros o qué?
- No, precisamente eso es lo más sorprendente. El avión es de carga, venía fletado con flores. Dicen que el muchacho hizo todo el vuelo escondido en el tren de aterrizaje del avión.

Pasmado por lo que acababa de escuchar siguió atento a la versión que le daba el reportero, quien le indicó que durante la madrugada, a eso de las 2:15 de la mañana, un chico polizón había llegado al Aeropuerto Internacional de Miami en un vuelo procedente de Bogotá (Colombia) tras un viaje de poco más de tres horas.

Sin embargo, la versión que le daba el sujeto, connacional suyo, era la primera que sobre el hecho conocía. Ningún miembro del cuerpo consular, ni tan siquiera algún agente de Inmigración, se había comunicado con él antes para ponerlo al tanto de la situación, por lo que, literalmente, se estaba desayunando con la noticia.

- Rafael, llámeme más tarde porque no sé nada de lo que me habla. Apenas sepa algo le informaré de modo oficial. –le respondió al comunicador, luego de lo cual colgó el teléfono azarosamente y marcó a Inmigración del aeropuerto, donde le dieron una vaga información de los hechos.

Aunque temprano, la prensa colombiana asentada en Miami empezaba a hacer eco de una noticia que el funcionario no lograba aún asimilar. Hacía sólo un par de meses había asumido el cargo y ya debía lidiar con el caso de un niño polizón, por lo que era imperativo entrevistarse con él y conocer la situación en detalle.

Tras asearse más rápido de lo usual y dejar apresuradamente su residencia sin siquiera desayunar, tomó su vehículo y condujo en dirección al aeropuerto de Miami por la State Road 112, una amplia vía que se extiende entre el este y el oeste de Florida, rumbo a la oficina de Inmigración que hay en la terminal aérea.

Mientras aceleraba la marcha el funcionario bogotano reparaba en el caso. El mismo se le hizo bastante coincidente con el de Armando Socarrás, y conforme se acercaba a la "pista de carretera" del terminal, denominada así por estar casi paralela a la SR 112, pensó que era necesario no alentar más la noticia del muchacho en los medios, de lo contrario pronto las autoridades estarían recogiendo cadáveres en el Caribe de cuanto aventurero quisiera imitarle.

Al llegar a la terminal, y después de conocer con mayor detalle el caso por parte de las autoridades aeroportuarias, cruzó la puerta de la oficina de Inmigración, donde vio al joven sentado. Sin embargo, en ese instante, sólo una impresión le saltó a la cabeza: “Este pisco no tiene catorce años”. Aún así se limitó a seguir el formalismo propio de la circunstancia.

- Mucho gusto hijo, soy el representante consular de Colombia en Miami, ¿cómo te llamas?
- Guillermo Rosales. – respondió sin ningún asomo de sobrecogimiento.
- Me dicen que llegaste anoche en el tren de aterrizaje de un avión. ¿Cómo te encuentras?
- Bien.
- ¿Y... cuántos años tienes?
- Catorce.

De primerazo, el muchacho aparentaba unos 17 años y no reflejaba algún tipo de temor por su situación. Era parco, distante, algo retraído, como si tratara de ocultar algo, una actitud lo suficientemente ajena como para que el funcionario, tras ese breve cruce de palabras, entendiera que en adelante sería difícil alcanzar algún grado de empatía con él. Sin embargo, le inquietaba averiguar qué lo había impulsado a tomar la determinación de viajar como polizón.

- ¿Dónde vives? –le inquirió el funcionario.
- En Colombia.
- Yo también soy colombiano, nací en Bogotá, ¿en qué parte de Colombia vives? – le señaló procurando mantener un tono pedagógico en las preguntas.
- En Villavicencio.
- ¿Y qué te hizo viajar como polizón?
- (Silencio)

El diplomático pensó que podía existir algo más allá en la esquiva respuesta y buscó ahondar más en el asunto, tratando de conocer, a la par, el por qué de la extraña personalidad del muchacho.

- ¿Tienes familia en este país? – se apresuró a preguntar.
- No.
- ¿Y en Colombia con quién vives?
- Viví con mi mamá y mi padrastro.
- Tu padrastro... ¿y hubo algún problema con él? – trató de averiguar con prudencia.
- No.
- ¿No? ¿Nunca te maltrató?
- No.
- ¿Nunca se sobrepasó o trató de hacerte algo?

Insistió como buscando develar una figuración que para él podría ser el principal indicio por el cual el muchacho había arribado como polizón. Sin embargo, la respuesta negativa de éste había cercado su lógica averiguación, de la que no desistió y, por el contrario, fue más directo al momento de contrapreguntar:

- ¿Nunca trató de... abusar de ti?

- No. – respondió secamente el joven, como si la insistencia de aquel se hubiera tornado en afrenta.
- ¿Y qué hacen tus padres en Colombia?
- Ellos murieron. Soy huérfano.

Aunque la respuesta lo tomó por sorpresa, los reportes que previamente había recibido por parte de los agentes de Inmigración le hacían suponer que varias de las cosas que acaba de escuchar de boca del adolescente no eran más que una burda farsa, una treta de alguien con grandes alcances para la mentira pese a ser, a ojos del diplomático, un jovencuelo con pretensiones oportunistas y sin ningún asomo de remordimiento.

Su presunción no era gratuita. El parte le había dejado saber que a aquel se le encontraron cerca de 400 dólares y un tiquete aéreo con destino a Barquisimeto (Venezuela) a nombre de una mujer que trabajaba en la cocina del aeropuerto de Cali (suroeste de Colombia) y que no supo explicar cómo los obtuvo.

Por si ello fuera poco, la actitud del joven, que le parecía enteramente libreteada, con cada gesto y entonación estudiados, no hacía menos que despertarle más escrúpulo sobre buena parte de su testimonio.

Salvo la osadía que le confería su supuesta versión de los hechos, la misma se le asemejaba a la de otros tantos desdichados inmigrantes ilegales que buscan hacerse un hueco en Estados Unidos a la fuerza. Sin embargo, sin ningún vestigio para desvirtuar lo escuchado, lo más prudente era confiar la declaración al beneficio de la duda.

Sus sospechas se alimentaban también del único abrigo que tenía el joven y que dijo haber usado durante el vuelo: una camiseta de franela y jeans, con lo cual era casi imposible que hubiera sobrevivido a un viaje así, pese al referente que sobre ello había marcado la aventura de Socarrás.

Sin embargo, con los años se pudo conocer que el joven cubano había logrado salvarse porque, por esas casualidades de la vida, su ropa estaba confeccionada con tergal, una fibra sintética de poliéster que acumula energía estática, la cual hace que se adhiera al cuerpo y permita mantener levemente la temperatura corporal.

La vacilación que despertaba el argumento de la franela y los jeans como cobijo ante las gélidas temperaturas se veía aupada más aún por los dictámenes entregados por los médicos que atendieron al joven colombiano en el Hospital Panamericano, hoy conocido como Hospital Metropolitano luego de que en el 2007 sus directivas decidieran cambiarle el nombre con el que fue fundado en 1963.

Los especialistas de ese centro médico indicaron no haber notado al joven conmocionado por la “traumática” experiencia, como sí sucedió con Socarrás tras recobrar la conciencia en el centro asistencial, y advirtieron que, por demás, ni siquiera había perdido el sentido durante la “travesía”, a la que aquellos se refirieron calificándola de dudosa por lo virtualmente imposible de sobrellevar, básicamente por las bajas temperaturas que debería haber soportado.

“Yo tengo mis dudas y no veo manera de comprobar lo que voy a decir, pero desde que yo llegué a la oficina de Inmigración y oí las versiones no me comí el cuento de que ese muchacho fuera en el tren de aterrizaje del avión. Un empleado de Arca me aseguró que sí fue así, pero yo hice un par de preguntas y encontré contradicciones...”, recuerda hoy en día el diplomático, quien ejerció su cargo como representante consular de Colombia en Miami entre 1993 y 1995.

Sin embargo, haberse sostenido en su parecer habría significado un perjuicio para la aerolínea colombiana.

La misma había sido fundada en 1956 por el capitán Hernando “El Pote” Gutiérrez luego de que se retiró de Avianca por desavenencias con la presidencia, pero luego de que la Aeronáutica Civil no autorizó las rutas de pasajeros (según algunas versiones por presión de Avianca, así como de dos aerolíneas más, Lloyd y Taxader) debió resignarse a operar cargamentos de flores desde comienzos de los años sesenta.

Pese al “palo en la rueda”, Aerovías Colombianas (Arca) observó un incremento en las operaciones de carga y pasó de tener viejos aviones de hélice a contar con aeronaves de turbina de segunda mano que le permitieron ampliar sus frecuencias y viajar desde Bogotá, Cali, Medellín, Barranquilla y Cartagena a Miami no sólo con cargamentos de flores, sino también, años después, con vehículos, repuestos automotrices e incluso caballos.

Recurriendo al leasing, Arca adquirió el primero de sus jets en 1977 a la aerolínea AeroItalia y de ahí, hasta 1983, por medio de ese mecanismo de alquiler con derecho a compra, logró hacerse a cinco más de idéntico modelo: McDonnell Douglas DC-8, el mismo tipo de avión que usó Socarrás para salir de La Habana y después el colombiano para llegar a Miami. ¿Simple coincidencia o la historia de éste era sólo un artificio inspirado en el relato del cubano para convencer incautos?

“La verdad es que yo no creo en coincidencias... Desde el comienzo pensé que ese chino (muchacho) copió todo de la historia del cubano, que debió leer de alguna parte porque esa historia fue bien sonada en los setenta. Yo lo que pienso es que él no viajó en el tren de aterrizaje, sino que debió recibir apoyo de alguien a cambio de algo para ir en la bodega del avión. Alguien de Arca debió ayudarlo”, dice el ex diplomático.

Aunque puede parecer viciada, la percepción del cónsul no es la única. De hecho, esa idea circuló de manera soterrada entre quienes siguieron íntimamente el caso, y con el tiempo varios de quienes la deslegitimaron en un principio terminaron por compartirla también.

“Recuerdo que el muchacho dijo tener conversación con un cubano que hizo más o menos lo mismo en otra ruta, ¿ok? Compartieron ideas de cómo estar por dentro un, eh... landing gear (tren de aterrizaje) de un DC-8, de lo que hay allí, los cables y todo eso y como ser esa experiencia”, recuerda, con marcado spanglish, David Iverson, un abogado especializado en inmigración radicado en Miami que, de manera solidaria y tras sentirse conmovido por la situación, se encargó de llevar el caso del muchacho sin cobrar un solo dólar mientras se definía su situación legal.

“Aunque en un principio yo confié en todo lo que dijo, hoy yo no creer nada de eso. Aunque no tengo evidencia, yo pensar que él llegar en bodega del avión (de Arca) o en otra aeronave”, precisa.

Desde su arribo a Miami hasta el sol de hoy las informaciones de prensa han hecho alarde de la hazaña del muchacho por viajar dentro del tren de aterrizaje del avión de Arca, una versión que si no es cierta, ¿por qué se ha mantenido durante todos estos años?

“A ver. Cuando yo quise ahondar en lo del tren de aterrizaje me di cuenta de una multa, como de cien mil dólares, que le cobrarían a la aerolínea si se comprobaba que el pisco ese iba en la bodega de la aeronave”, explica el diplomático.

“Esa multa no aplicaba para otras áreas del avión, como el tren de aterrizaje, porque sobre esa parte nadie tiene control”, prosigue, “entonces pensé que (demostrar que el muchacho venía en la bodega) sería sapiar (delatar) a la aerolínea pa que la clavarán (multarán) y eso me parecía una guachada con una empresa colombiana”, por eso no se ahondó más en el asunto y se le siguió la cuerda a la primera versión.

Ese testimonio primigenio, incluso, sostuvo que el joven habría caído del tren del aterrizaje cuando el avión ya estaba en plataforma -en las mismas circunstancias que Socarrás-, luego de lo cual un hombre identificado aparentemente como Carlos Bohórquez, un dependiente de Arca que inspeccionaba el lugar, lo habría hallado inconsciente, sin pulso y con hipotermia.

Con poca vigilancia en esa área del aeropuerto, según las propias autoridades, no habría quién echara por el piso ese argumento, exagerado a todas veras tanto por el chico como por el dependiente, de quien no se sabe si se dejó embaucar por aquel al punto de que sirvió como tonto útil y extremó los hechos o si colaboró para que el artificio resultara mas convincente a los ojos de los oficiales de Inmigración.

Aunque todo pintaba para que la historia se sumara a la de otros cientos de indocumentados que arriesgan su vida para entrar a Estados Unidos, “lo que pasó es que todo esto se transformó en un show y, caramba, pues convirtieron al chino en el personaje que se volvió”, dice hoy el ex cónsul.

De todos modos, sobre el asunto pocos parecen querer hablar. Arca ya no existe, fue liquidada en 1997 a raíz de severas restricciones aeronáuticas y por falta de apoyo del Gobierno, según un compendio histórico de la aerolínea escrito por el capitán colombiano Camilo Luengas Romero y publicado en la página web Aviacol.net.

Por demás, Hernando “El Guti” Gutiérrez, uno de los hijos del fundador de Arca, vive en Miami pero no responde ningún correo electrónico sobre el particular, y su padre, “El Pote” Gutiérrez, murió en el 2008.

Así las cosas, y con pocos que la desmientan públicamente, la historia del arribo del muchacho dentro del compartimento de las ruedas del avión ha sido divulgada durante todo este tiempo por los medios con evidentes visos míticos que, a la postre, terminaron por encumbrar su enjundia como polizón en la

psique de un grueso número de colombianos.

Pese a la apariencia de joven retraído que pudiera reflejar para algunos en ese entonces, la misma no era más que una de las tantas argucias que componían su ya meticulosamente elaborado juego de bulos que empezaba a correr como bola de fuego aupado por los medios; el mismo con el que pronto supo manipular las circunstancias a su antojo para sacarles el mayor provecho y que era la punta de lanza de lo que en sólo cuestión de años se convertiría en una alocada carrera criminal.

Aunque con el paso de los días corría el riesgo de ser internado en Krome, un centro de detención localizado en el suroeste de Miami para varones que van a ser deportados o han sido arrestados por trabajar como indocumentados, la solidaridad que había despertado su caso empezó a hacer sopesar esa posibilidad.

Haber sido internado en Krome, por más que fuera calificado como un centro de paso y no una prisión como tal, habría significado una pesadilla de la cual seguramente le hubiera costado despertarse.

Rodeado por altas vallas y serpenteantes alambres de púas al final de cada una de sus tapias, el lugar permanece atestado de peligrosos delincuentes que han sido condenados y otros que apenas han cometido delitos menores, todos uniformados con overoles de color naranja y compartiendo literas metálicas de las cuales cada uno de los internos cuelga a un lado de la cabecera una bolsa plástica para meter sus escasas pertenencias personales, las cuales, desde lo lejos, más bien parecen unas vejigas hinchadas con dextrosa, similares a las que suelen inyectarse en los hospitales.

No hace falta mucho esfuerzo para imaginar el infierno que ha de ser estar un solo día allí.

Pese a que la entrada al lugar resulta semejante a un bar nocturno floridano, con una enorme fachada calcina, ventanales oscuros y rectángulos de grama perfectamente delineados en el ancho andén con palmeras enanas en el centro de los mismos, la parte posterior de la construcción da hacia el este de los Everglades, colmados de cocodrilos y otros reptiles, y dentro de ella son habituales las acusaciones por abuso sexual entre internos y de desprecio hacia los detenidos por parte de los custodios.

Algunos internos, incluso, han calificado el sitio como “un centro de depresión”, donde reciben poca e inadecuada atención médica y son tratados con rudeza.

En el complejo -una antigua base de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos construida en la época de la Guerra Fría para defenderse de un posible ataque liderado por Fidel Castro,- la jornada comienza a las 5:30 de la mañana, cuando los guardias pasan por frente de las literas golpeando cada una de ellas con sus porras mientras gritan “levantarse, levantarse”, aunque en algunas ocasiones suelen ser más condescendientes y recuerdan a voz en cuello: “Desayuno, desayuno”.

La fila para tomar el mismo no demora más de treinta minutos en la cafetería del lugar, en cuyas paredes se observan coloridos murales pintados por los internos en los últimos años. Sin embargo, para comer los cereales o salchichas, huevos o panqueques, sólo disponen de veinte minutos, luego de lo cual, a eso de las 6:30 de la mañana, cada quien debe estar en su dormitorio para seguir descansando, ducharse, ver televisión o leer un libro y esperar que llegue el mediodía para entonces almorzar con el mismo afán.

Luego de esa merienda pueden jugar fútbol, voleibol o baloncesto o practicar algún ejercicio bajo la atenta mirada de los guardias, que al cabo de una hora les ordenan regresar a sus cuartos de literas, desde donde pueden llamar por teléfono público a sus familiares, siempre y cuando cuenten con algo de dinero con qué comprar una tarjeta prepago, aunque son varios quienes deciden hacer llamadas por cobrar.

Al colgar, sólo basta aguardar al término de la tarde para que en la cena se repita el menú que se sirvió al almuerzo: arroz, frijoles, pescado o carne y un plato de ensalada. Nada más para comer, nada más siquiera qué aprender. Krome se considera un centro en el que los detenidos esperan el asilo o la deportación y no una institución correccional de largo plazo, por lo que no brinda ningún programa educativo a los internos.

La jornada termina con el apagado de las luces a las once de la noche, so pena de multa para quien infrinja la norma, pero con frecuencia el resplandor de las lámparas fluorescentes que permanecen encendidas todo el tiempo en los pasillos se cuele por las ventanas de los dormitorios impidiendo a muchos internos dormir. ¡Dios! La misma rutina todos los malditos e inagotables días. Quizás y el muchacho no soportaría eso, quizás y tampoco lo merecía.

Haber huido de Colombia significaba dejar atrás una vida de infierno, por lo que apearse entonces en la barca de Caronte para ir a desembocar directamente en el inframundo que era Krome de seguro no

estaba entre sus planes.

Así también pareció concitarlo el propio diplomático, quien pese a la animadversión que le antojaba el polizón entendió que “lo que el chino quería era quedarse en Estados Unidos” y no ser deportado, mucho menos ser recluido en Krome, por lo que lideró la búsqueda de alguien que asumiera su cuidado.

El pedido de colaboración, difundido profusamente por las cadenas de noticias en Miami, fue correspondido más pronto de lo que las autoridades esperaban.

El oficial de origen colombiano Jairo Lozano, quien aún trabaja en el Departamento de Policía de Miami, supo del caso a través de un amigo, Héctor Marulanda, quien a su vez conoció del hecho por medio de Radio Klaridad, la emisora con más audiencia de latinos en el sureste de Florida. El asunto le pareció dramático y pensó que pese a su estrechez económica Jairo podría albergarlo al menos por un tiempo en su casa, razón por la cual lo llamó y le sugirió que asumiera la custodia.

El oficial, tras concertar el tema con su esposa, Bertha Sotoaguilar -colombiana como él y quien para la época laboraba como diseñadora floral para una compañía americana por 200 dólares a la semana-, se dirigió a la oficina de Inmigración del aeropuerto, donde el joven había pasado los últimos días, para asumir temporalmente su amparo.

Lozano, un bogotano radicado en Miami desde que tenía ocho años de edad pero nacionalizado ciudadano americano desde 1979, se enroló en la Academia de Policía y entonces, con 34 años y padre de tres hijos (dos niñas y un varón), había decidido abogarse la responsabilidad de albergar en su propio hogar al joven polizón.

Tras conocer a Lozano y considerar la garantía que le daba ser oficial de la policía, el cónsul colombiano avaló ante el subdirector de Inmigración la custodia del chico, y una vez se cumplió la diligencia de formularios fue en su búsqueda para comunicarle la noticia y presentarle en persona al oficial.

- Ve a joven, usted es un privilegiado. – le dijo con cierto donaire- Ya quisieran cientos de muchachos en Colombia tener una oportunidad como esta.
- ¿De qué habla?

- Le traigo una buena nueva. Una familia que goza del prestigio de la comunidad de Miami lo va a acoger en su casa como a un hijo.
- (Silencio)
- ¿No le parece algo muy bueno?
- Claro que sí. – respondió apenas convencido de ello.
- Desde ahora empieza una serie de oportunidades y va a poder estudiar lo que quiera. Esto es algo muy especial que no se hace con todo mundo, ¿sí me entiende?
- Ajá.
- A usted joven, a partir de ahora, se le transformó la vida.

¡Y cómo cambiaría la vida! Sin saber muy bien por qué, quizás sólo por intuición o por la kinesis que el muchacho le dejaba contemplar, se le antojaba que “desde el desayuno se sabía lo que iba a ser el almuerzo”.

Mientras le explicaba que provisionalmente se le había otorgado un permiso de estadía con el cual en dos años podría ser residente legal y que pronto recibiría la visa americana, “el pisco” no hacía más que mirar para el suelo, “como el típico morrongo, mirando pa abajo... incómoda la vaina”.

De las tres entrevistas que el funcionario sostuvo con el muchacho, la primera en la oficina de Inmigración del aeropuerto y otra en el consulado de Colombia en Miami, esta, en la que se le confería la custodia al policía, fue la última en la que le “vería la cara al chino”. Entonces sintió afán “de que le hiciera una trastada” al oficial.

En cuanto a Lozano, de la expectativa se volcó pronto a la sorpresa. Mientras esperaba ver salir a un muchachito de la sala en la que permanecía, se encontró de sopetón con un gigantón que le alcanzaba casi en estatura.

Pese a que el colombiano promedio es de talla baja, Lozano mide un metro con 80 centímetros, una estatura que suele verse rematada porque acostumbra a usar gafas oscuras sobre su cabeza, a modo de diadema, una tradición que adoptó para sus rondas de patrullaje y que ya hace parte de su uniforme policial negro, que contrasta con su estampa de hombre blanco de ojos claros, algo robusto y con entradas pronunciadas en la frente.

“Este muchacho tiene entre quince y diecisiete años”, pensó. Sin embargo, dejó a un lado el detalle de la altura y lo condujo hacia su casa, en la 32 Avenida y la Calle 19, cerca de Coral Way, una popular vía de Miami de dos carriles y con cientos de ficus sembrados en sus costados.

Aunque durante el camino hablaron poco, el oficial advirtió congeniar con él desde un comienzo, y sin dejar de sentir pena por su situación consideró que su actitud podría derivar de un trauma ulterior al viaje en el avión y a lo abrumador que podría resultarle un escenario completamente nuevo, por lo que decidió que su llegada al hogar fuera tanto para él como para los suyos una verdadera celebración.

- Bien... es aquí, ya llegamos. – le dijo mientras estacionaba el vehículo para luego convidarlo a seguir adentro mientras atravesaban el porche de la casa.

“Vamos, pasa. Bertha y los niños nos están esperando”, le remarcó mientras aquel parecía asombrado.

Luego de que entraron, el oficial se apresuró a llamar a su mujer: “¿Bertha? Amor, ya llegamos”.

Bertha salió a recibirlos pero su entusiasmo se frenó rápidamente al pisar el hall de la vivienda. En un santiamén también pensó: “Este muchacho no tiene catorce años”, y tras dejar su impresión palpada en un cruce de miradas con su esposo, éste se apresuró a relacionarlos: “Amor, te presento a Guillermo”, le dijo.

Bertha se acercó al muchacho, desprovista de cualquier asomo de prevención, y lo abrazó, luego de lo cual empezó a mostrarle la casa y presentarle a los niños.

“Mira Guille”, le dijo Bertha, “ellos son nuestros hijos: Susan, que es la mayor (19 años), Fabio Jair, a quien sólo llamamos Jair y con quien creo que te vas a llevar muy bien porque tiene tu misma edad (14 años), y esta chiquitita, rubia, preciosa que ves aquí es Natalie, la nenita del hogar con tan sólo cinco añitos”, remarcó la mujer mientras se recogía el cabello llevándolo detrás de las orejas, luego de que se le desacomodara mientras se inclinaba para contemplar a la menor, hija natural del matrimonio con Jairo.

Luego lo condujo hasta la que sería su habitación, la cual compartiría con Jair, y allí le mostró la cama que ocuparía, un catre que se deslizaba debajo del que tenía el único hijo varón de la familia y que

ganaba altura con sólo accionar una palanca. Sin embargo, ni ella ni alguien más reparó en mostrarle el mecanismo en ese momento y continuaron mostrándole la vivienda.

“Cuando entró a la casa miraba para todos los lados. Lo llevamos a la cocina para que comiera algo, porque no traía nada, nada, nada, sólo lo que tenía puesto, y le dijimos que podía comer lo que quisiera cuando quisiera, para ponerlo un poco más en ambiente”, recuerda Jairo.

Pese a la atención que se le confirió por parte de la familia, el muchacho casi no hablaba. Se la pasaba más viendo televisión u hojeando viejas ediciones en español de las revistas Vanidades y National Geographic que había en un cesto en la sala de la casa.

“Al verlo en esas yo me le acercaba y le preguntaba qué pensaba”, menciona Bertha. “Para ese entonces, y después de pocos días, él había empezado a llamarme ‘mami’, y me explicaba que soñaba con tener todo cuanto veía en las fotos de las revistas, las casas, los carros, los lujos... a mí eso me enternecía, sobre todo al verlo tan pobre, y le decía: ‘Sueña Guille, sueña que lo que uno tanto anhela al final se hace realidad, pero me escapaba de ponerme a llorar del pesar que me generaba’”.

Al cabo de poco tiempo, y por eso de las normas de la casa, Bertha le cortó el cabello ella misma, el cual llevaba un tanto largo, casi hasta los hombros y lleno de piojos. De eso fueron testigos algunos medios de comunicación, que entraron al hogar interesados en la historia del muchacho, a quien grabaron y sacaron fotografías.

Después de eso, un día ella decidió llevarlo junto con Jairo a una de las tiendas de la cadena de almacenes K-Mart para comprarle algo de ropa.

“Recuerdo que ese fue un gran esfuerzo para mí. Jairo era quien básicamente mantenía el hogar porque yo ganaba muy poco, y sin ser pobres pues éramos muy humildes, una familia de clase media tradicional, con dificultades y todo”, explica.

“Esa vez recuerdo que saqué como ochenta dólares y le dije en el almacén: ‘Guille, escoge lo que quieras, me dices qué te gusta y yo te lo compro’, y mientras empezó a caminar y ver qué se ponía Jairo se me quedó mirando y me replicó: ‘Mami, tu nunca has hecho eso conmigo, ¿por qué lo haces con él?’ Le dije sin enojarme que no fuera egoísta, que no se pusiera celoso por eso, que como pobre todo lo

tenía y que, más importante aún, tenía el amor de unos padres con los que no contaba Guillermo”.

En los días sucesivos la familia lo llevó a comer hamburguesa en McDonalds, sitio que terminó convirtiéndose en el restaurante favorito de Guillermo y en el que algunas personas lo reconocieron y quisieron tomarse fotos con él tras verlo en las noticias.

“Era impresionante ver la acogida que tenía no sólo entre la comunidad hispana. La gente prácticamente se quitaba lo que llevaba puesto para dárselo”, testimonia Bertha.

La rutina de formalidades y gestos de aprecio de los que fueron testigos los Bertha, Jairo y los niños se mantuvo por los varios días que para entonces llevaba conviviendo con la familia, en el seno de la cual, no obstante, quedaba latente “la duda de su edad”.

“Él conservaba la estatura de un muchacho americano de catorce años, teniendo en cuenta que acá (en Estados Unidos) los adolescentes se desarrollan más rápido por eso de las vitaminas y la alimentación. Sin embargo, eso no se ve en Colombia, allá los muchachos no crecen tan rápido como acá, y eso era lo que nos extrañaba, sobre todo porque siendo tan pobre no podía haberse alimentado de modo tal que se desarrollara tanto, aparte de eso era muy delgado”, aclara la mujer.

“Mi hijo tenía catorce años y no se veía tan grande como Guillermo. Su estatura no se correspondía con la edad que decía tener por más que, como decimos acá, se hubiera alimentado a punta de hamburguesas ‘Perry King’, pero eso no era posible porque él venía de Colombia y eso allá no se ve”, agrega, por su parte, Jairo.

“Volvíamos y le preguntábamos acerca de la edad y siempre nos decía una diferente. Parecía no darse cuenta de que nos decía una y después otra, como si eso se nos fuera a olvidar, era algo evidente. Incluso su forma de hablar no era la de un muchachito de catorce años sino la de alguien mayor, tenía una voz más madura”, explica el oficial, “además, uno como oficial sabe cuándo una persona está mintiendo o trata de engañar”, precisa.

Durante las poco más de tres semanas que estuvo viviendo bajo el techo de la pareja de colombianos el joven no llegó a formalizar siquiera con los vecinos del lugar. Prefería mantener solo en el hogar mientras Jairo y Bertha trabajaban y los niños asistían a la escuela.

Aunque decía que le gustaría ser médico, sus vacíos en materia de inmigración le imposibilitaban ser matriculado en alguna clase de secundaria, por lo que el anhelo de ocupar un pupitre en cualquier centro educativo de Estados Unidos no resultaba ser más que una utopía en ese momento.

No obstante, las plazas de trabajo parecían tener un poco más de perspectiva.

“Yo recuerdo que de alguna forma yo lograr conseguirle un permiso de trabajo. No recordar ahora cuál fue la base de mi argumento, pero yo lograr eso y tenía todas las puertas abiertas. Además, la comunidad colombiana en Miami lo apoyaba como héroe”, recuerda el abogado Iverson, quien a la par trabajaba en el status migratorio del adolescente, con quien mantenía un frecuente contacto en la casa de Jairo y Bertha.

Iverson, quien para entonces estaba casado con una colombiana, supo del muchacho por medio de Fernando Escobar, un coterráneo de su mujer que también residía en Miami y que los presentó entre sí, pero a diferencia de otras personas la impresión que tuvo del polizón siempre fue positiva, por lo que lograron congeniar y estrechar amistad rápidamente.

“Para mí él ser una persona buena. A mí me pareció como cualquier joven que tenía problemas en su hogar y estaba buscando solucionar su vida. Siempre fue cortés y decente conmigo”, dice.

En tan solo un par de días el viento había empezado a soplar a favor del adolescente: de arribar como polizón y estar en riesgo de deportación pasó a convertirse en miembro de una familia que lo adoraba tanto como a un hijo o un hermano.

Por si ello fuera poco varios miembros de la comunidad colombiana afincada en Miami se habían ofrecido a hacer donativos para la causa, aunque al final “casi nadie salió con nada”, señala Bertha.

Salvo Arturo López, otro colombiano residente en la ciudad y propietario de un restaurante al que tiene por nombre Monserrate, poca gente colaboró realmente para el cuidado del muchacho, de quien dijo ante la prensa que creía en él y que esperaba la solidaridad de muchos otros hispanos para ayudarlo a dejar de ser un chico de la calle y fuera alguien en la vida.

Sin embargo, hoy López prefiere no hablar del caso ante los medios por que teme ser considerado “cómplice” de las mentiras de aquel y que con el tiempo se pudieran conocer, algo que no cabe contemplar, ya que por asociación todos quienes le tendieron la mano serían entonces señalados como tal.

Otros mientras tanto, como Iverson, buscaban el modo de ayudarlo a enganchar laboralmente y, casi al unísono a eso las autoridades decidieron concederle un amparo con el que se le garantizaba su ciudadanía americana en un máximo de dos años mientras se tramitaba su visa; nada mal para un joven que también aseguraba haberse alimentado con sobras de la basura y haber dormido en aviones abandonados en el aeropuerto de Cali.

Así las cosas, con un futuro en cuyo horizonte empezaba a brillar el sol, ¿qué más le podía pedir a la vida? Quizás que se le cumpliera un milagro; cosa que más temprano que tarde se le cumplió.